

# LUIS BUÑUEL

RECORRE

## “LA VIA LACTEA”

Dios y el diablo en la tierra de la bruma

CON frecuencia, en conversaciones privadas y bromeando con su proverbial sordera, Buñuel ha dicho que haría un último film en francés, luego uno en español y, por último, uno... en baturro. El genial cineasta aragonés, poseedor de un extraordinario sentido del humor, gusta de hacer «boutades» de este tipo cuando está entre amigos. Pero, a raíz de «Belle de jour», el film que le valió el León de Oro en el Festival de Venecia de 1967, los rumores de que ésta sería su última obra llegaron a ser algo más que rumores. Buñuel, nacido con el siglo, se decía cansado. A pesar de su prodigiosa vitalidad. Proyectos recientes, en los que se había interesado mucho, se habían venido abajo: «Tristán», «El monje»... Luego se habló de un film ambientado en el mundo de la alta costura, en el que colaboraría con Pierre Cardin. Por fin ha sido «La Via Láctea», una película en la que también pensaba desde hace tiempo, la que ha marcado su regreso —y es de esperar que no marque su despedida— al cine.

El film ya se está rodando. En Francia. Y en francés. Se trata, por lo que puede colegirse de lo que de su guión se conoce, de una especie de «summa» buñueliana, como hasta cierto punto lo fuera también «Belle de jour», en la que se explicitan algunos de los temas latentes en su obra, una de las más ricas y sugestivas de la historia del cine. Dos peregrinos salen de París para dirigirse a Santiago de Compostela, siguiendo la Via Láctea. Son dos hombres de nuestro tiempo, un joven y un viejo. En su lento caminar tienen una serie de encuentros, en la línea de la novelística del Siglo de Oro. Se entremezclan tiempos, lugares, acciones. Las herejías, a lo largo de la historia, son la preocupación principal de los peregrinos, y a medida que van recorriendo su camino se encontrarán no sólo con un jansenista que se bate en duelo —literal y teológico— con un jesuita, sino con los auténticos personajes puestos en cuestión. Se reproducen escenas de la vida de Cristo —la maldición de la higuera, las bodas de Cana— en las que se utilizan textos de los Evangelios. Aparece el diablo. El obispo gallego, condenado por herejía, Prisciliano. El marqués de Sade...

Como se ve, todo Buñuel está ahí. Todas sus obsesiones. Todas sus referencias. El «divino marqués», a quien explícitamente se refería ya en «L'âge d'or» —la salida de los supervivientes del castillo de Selliny, de «Las 120 jornadas de Sodoma»— y en «Nazarín» —la paráfrasis del «Diálogo de un sacerdote y un moribundo»—, toma cuerpo en la persona de Michel Piccoli, uno de los actores preferidos del realizador, con quien ya ha trabajado en «La mort en ce jardin», «Le journal d'une femme de chambre», «Belle de jour»... Otros de sus actores habituales desempeñan también papeles claves. Georges Marchal —«Cela s'appelle l'auore», «La mort en ce jardin», «Belle de jour»— es el jesuita que se bate en duelo con el jansenista Jean Piat. Pierre Clémenti —«Belle de

jour»— es el diablo, un diablo muy particular, ataviado al estilo «hippy». Y, junto a ellos, una pléyade de actores franceses que trabajan por primera vez a las órdenes del maestro. Laurent Terzieff y Paul Frankeur son los peregrinos. Delphine Seyrig, Maria Magdalena y una monja. Bernard Verlay, Jesucristo. Edith Scob, la Virgen. El personaje de Prisciliano está interpretado por Jean-Claude Carrière, el guionista de Buñuel en sus films franceses. Su discípulo es José María Berzosa, un joven realizador español de la televisión francesa. Y uno de los discípulos de Jesús es Louis Malle. Como en «Belle de jour», Buñuel ha contado con un reparto de primeras figuras a las que no les importa hacer papeles pequeños, dada la importancia de la obra. Y, como «Belle de jour», puede asegurarse que «La Via Láctea» será cualquier cosa menos un film «de estrellas».

Buñuel, que preparó el guión en España, en un parador de la sierra de Cazorla, lo terminó en Méjico, después de asesorarse en multitud de libros teológicos y contar con la colaboración de dos monjes. Los textos puestos en boca de los personajes bíblicos son, como ya queda dicho, auténticos; lo mismo que las réplicas puestas en boca del jansenista y del jesuita en duelo son citas literales de los libros que, desde una y otra postura, se publicaron sobre teología en el siglo XVII. Prisciliano y su discípulo, por su parte, hablan en latín. Una enorme labor de documentación ha sido precisa para dar a la película autenticidad en todos sus aspectos. Una labor que Buñuel y Carrière han llevado a cabo con entusiasmo, con extraordinario afán.

Naturalmente, no faltará quien, cuando la película se estrene, vuelva a sacar a relucir la habitual polémica sobre Buñuel, sobre su «afán de provocación». A este respecto, el propio Buñuel declaraba, en una entrevista publicada en el número 40 de «Nuestro Cine», en 1965: «¿Recuerda lo que le conté de Breton cuando me decía: "Amigo mío, en nuestros días ya no es posible escandalizar a nadie"? Y tiene razón, ¿Cómo escandalizar después de las matanzas nazis y de las bombas atómicas sobre Japón? Creo que ahora el uso del escándalo es negativo. "L'âge d'or" fue, en su época, un film de lucha y violación de conciencias tranquilas; escandaloso entonces, hoy es una obra apacible que aplaudió el público en el Lincoln Center, de Nueva York. Y en Londres, donde se presentó durante doce días seguidos, nadie protestó; sólo una anciana señora que escribió una carta diciendo que el film era "shocking (...)". Lo que yo pretendo con mis películas es inquietar, violar las reglas del conformismo, que quiere hacer creer a la gente que vive en el mejor de los mundos posibles. Eso no quiere decir que en mi vida privada sea yo la encarnación de una ideología subversiva, que me engolosine con acciones sacrílegas o rompa cristales de los bancos o dé coscorrónes a las monjitas». En la misma entrevista, refiriéndose a Sade,

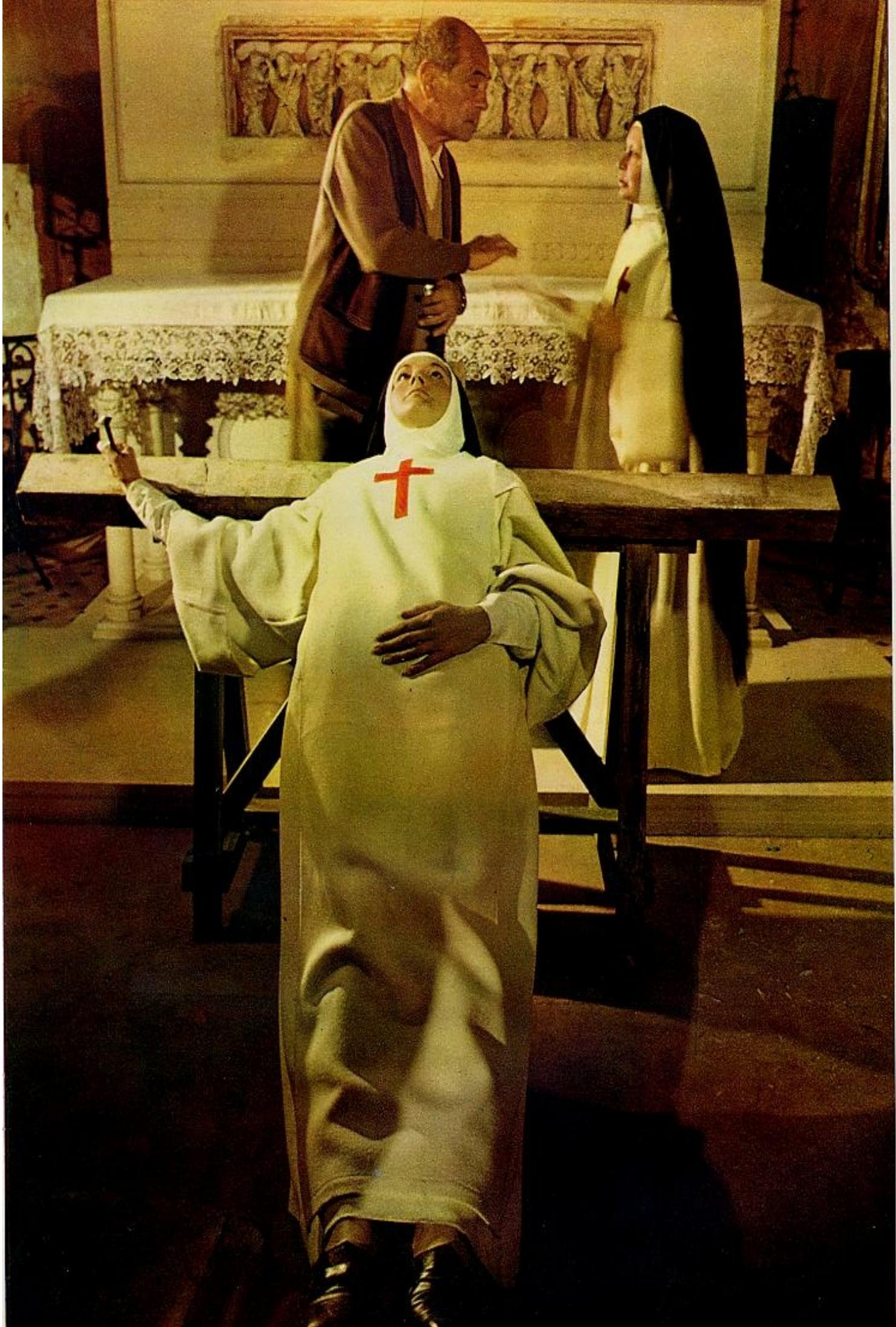




# LUIS BUÑUEL

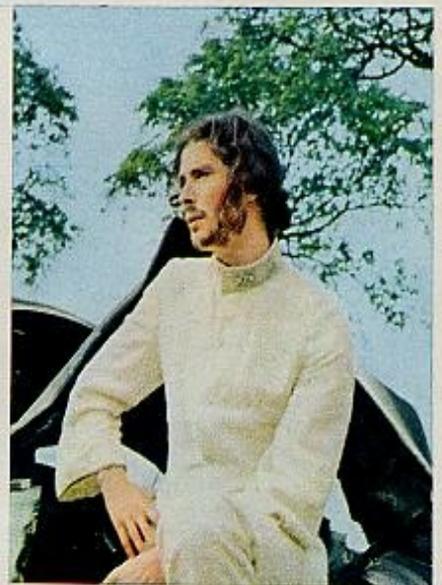


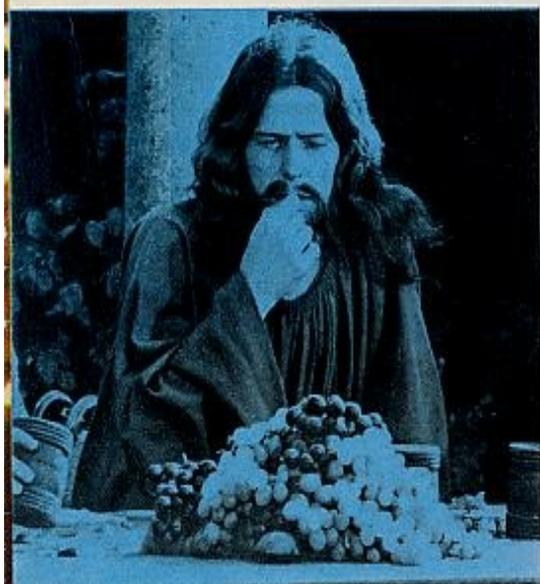
Dos peregrinos, encarnados por Paul Frankeur y Laurent Terzieff, son los personajes que sirven de hilo conductor de «La Vía Láctea», el film que en la actualidad rueda Luis Buñuel, sobre guión propio y de Jean-Claude Carrière. En su itinerario desde París hasta Santiago de Compostela irán cruzándose en su camino —al estilo de las novelas del Siglo de Oro— con distintos personajes, pertenecientes a diversas épocas. Así, se reproducen varios episodios de la vida de Cristo, como el de la maldición de la higuera —foto inferior izquierda—, y se asiste al rito de la crucifixión de una monja, perteneciente a la secta de las «convulsionistas», en un convento en el que, a pesar de haber sido condenadas por la Iglesia en el siglo XVII, continúan clandestinamente sus prácticas...



# LUIS BUÑUEL

Un jansenista y un jesuita —Jean Piat y Georges Marchal— solventan sus querellas teológicas en un duelo tanto literal como oratorio, en la foto bajo estas líneas. A la derecha, Delphine Seyrig —Intérprete predilecta de Resnais—, que encarna, en un doble papel, a María Magdalena y a una monja, es objeto de la violencia de uno de los peregrinos, interpretado por Paul Frankeur. Abajo, a la derecha, el diablo que, ataviado a la usanza hippy, interpreta Pierre Clémenti, y Jesús, interpretado por Bernard Verlay, en un momento de las bodas de Caná, otro de los episodios evangélicos que se reconstruyen en el film, utilizando como textos los auténticos de las Escrituras.





Buñuel decía: «Nuestra devoción al marqués de Sade, entre los surrealistas, fue siempre cerebral, por supuesto. Nos entusiasmaba su espíritu libertador, su rebeldía contumaz ante toda represión. Esta, por otra parte, no quedó para él en una mera fórmula de principios, pues la mayor parte de su vida la pasó en prisión: bajo la monarquía, bajo la república y bajo el imperio. El, que excitaba al crimen y a los actos más atroces, fue incapaz de mandar a nadie al patíbulo cuando tuvo la oportunidad, bajo la república; se le consideró débil y traidor, y la Revolución lo encarceló. Aun cuando su obra toda es un grito que exige la libertad, sus costumbres no fueron nunca más allá de lo que eran las de sus iguales de origen social. Toda su vida y su obra fue una provocación al orden establecido. Nosotros, los surrealistas, nunca fuimos sádicos, entiéndase bien, sino "sadianos". Para nosotros representaba el espíritu más libre y más inconforme de su época y de muchos decenios posteriores». La entrevista de que están entresacados estos párrafos la concedió Buñuel —tan poco aficionado a ellas— a Manuel Michel, un

cinéasta mejicano, a raíz de la aparición en Francia de un libro colectivo sobre su persona y su obra en el que, en un deseo de hacer del autor un personaje de sus films, o de los personajes de éstos una proyección de aquél, se atribuían a Buñuel gestos y acciones que nunca había tenido, convirtiéndole en una especie de tipo pintoresco y truculento. «Sólo falta que digan que yo celebro misas negras en mi casa para deleite de los amigos. Eso sería un síntoma infalible de imbecilidad. Atribuirme cosas semejantes equivale a presentarme como un deficiente mental», decía en otra parte de ella. Y, en lo que se refiere a su actitud respecto a la religión católica —tema sobre el que obstinadamente, sobre todo a raíz de «Nazarina», se le interroga—, respondía en otra entrevista publicada en «L'Express», del 12 de mayo de 1960: «No tengo actitud. He sido educado en ella. Podría responder que "soy ateo, gracias a Dios". Creo que hay que buscar a Dios en el hombre. Es una actitud muy simple». ■ C. S. F. Fotos: PEDRO GARCIA BUÑUEL, MONDIAL PRESS y ARALDO NEMES.